

DIME QUE SOY BELLA

Todos, sin excepción siempre han pensado que soy hermosa. Da igual que sean hombres o mujeres, todos han creído... No, todos han sabido que soy bella.

Hermosa, lujuriosa, perfecta... Ser como yo soy es tener un calor en el interior más radiante que la luz del sol, es respirar algo mejor que el aire, es beber el néctar de los ángeles cuando se está sediento y no hay nada alrededor.

Porque ser perfecta, es perfecto.

Soy el modelo del hedonismo, la lujuria de la humanidad.

No hay hombre ni mujer que no admire mis curvas, no hay hombre ni mujer que no muera por mis pechos, no hay ser en la tierra al que no atrapen mis ojos... No hay nadie en la tierra que no desee que sea suya.

Es entonces cuando lo veo, cuando juego, cuando clamo por su instinto satisfaciendo al mío. Cuando su olfato capta el aroma de mi cuerpo, cuando sus ojos captan la visión de mi don perfecto ya es demasiado tarde, pues mi voluntad es ya la dueña de su alma.

Como una araña en una tela, traigo a mi pareja a la intimidad de mi refugio. Es entonces cuando puedo verla, cuando puede verme, cuando conoce el genuino deseo. Entramos a mi cuarto y sólo en un instante la visión de la cama distrae sus pupilas de mi cuerpo, pero cuando vuelven a él vienen acompañadas con una mueca desencajada, parodia de una sonrisa que no podría ser exhibida delante de una madre.

Entonces desvisto mi cuerpo, siguiendo un lento compás. La mirada de mi amante se clava en mi figura, y puedo sentir en mi piel el recorrido de sus ojos. Desvisto mis pechos, y noto las agujas de su vista al descubrir la erección de mis pezones durante los segundos que tardo en darme la vuelta. Dejo que vea mi espalda y es entonces cuando me detengo. Ahora puedo escuchar su corazón, incluso en la distancia, como una bomba ardiendo. Siento su calor en mi nuca por cada segundo en el que me detengo. Como el silencio forma parte de la melodía, la pausa forma parte de mi obra... mi adagissimo que da paso a la anticipación del placer, la represión del deseo que una vez liberado proporciona más regocijo que el placer en sí.

Sonrío y me doy la vuelta, dejo caer mis ropas y muestro mi perfección. Puedo adivinar el recorrido de sus ojos, pasando por mis pechos, cayendo por mis caderas, fijándose en mi ombligo... Como un cuerpo que cae al fondo del río con cemento en los tobillos, la gravedad le impulsa a seguir cayendo hasta mirar mi sexo. Es entonces cuando sus ojos se sienten ligeramente culpables, tratan de mirar a otro lado durante la breve batalla que libra en su interior la educación y los modales, sin embargo ya es demasiado tarde. Vuelven a mí y yo dejo que me observe, separo mis piernas y dejo que observe durante un tiempo la fermata de mi ópera.

Es entonces cuando se acerca, cuando vuelve a captar el aroma de mi piel, cuando el olfato y la vista no son suficientes, cuando desean cederle el paso al tacto que implora sentir mi piel. El instinto del caimán se abre paso entre las capas de la personalidad y su yo se transforma en el "eso", en la fuerza primigenia poseída por la irrefrenable voluntad del deseo. Cuando recorren el camino sinuoso de mis caderas, cuando se fijan en mi piel desnuda y cuando tocan mi entrepierna ya es demasiado tarde, y esa fuerza insobornable les domina con la siguiente doctrina "el tacto no es equiparable al gusto".

Y así es.

Soy bella, soy hermosa, deliciosa. Soy un vino que se descorcha teniendo un mimo exquisito en que no pierda su aroma, un vino que se saborea lentamente y en pequeños sorbos. Ése es el premio del amante condenado, de aquel al que mi belleza deja la marca de la bestia. Y yo disfruto sobremedida cuando el calor emanado del cuerpo salvaje comienza a calentar mi rostro. Puedo oler el sudor que emana de su piel cuando el corazón bombea toda la sangre que puede a sus músculos y a su miembro. Entonces observo su rostro, sus pupilas dilatadas y las mandíbulas desencajadas...

Dime que soy bella.

Y me lo dicen, domino su mente con mi cuerpo, domino sus actos con mis movimientos.

Es entonces cuando me enamoro, cuando me acuesto y dejo un camino fácil entre su cuerpo y el mío, pero antes de que por fin sienta mi cuerpo envolviendo al suyo quiero oírlo de nuevo.

Dime que soy bella.

Y ya no puedo parar de reír, convirtiendo mis carcajadas en la música perfecta que trina entre las paredes de mi lecho candente. Y mi amante, mi amor, ya no puede excitarse más... Si es hombre me embiste con más fuerza y si es mujer puedo sentir aún más la presión de su lengua contra mi pelvis. Con mi sonrisa domino su instinto, y entonces le pido, al animal que lleva dentro un favor muy sencillo...

Dime que soy bella.

Y muerdo su piel, clavando mis colmillos con agudeza en su tierno y cálido envoltorio. Un gritito de dolor toma el relevo de mis carcajadas, ya que ahora mis labios invierten sus esfuerzos en satisfacer otro placer más perverso, más oscuro... más deleitoso.

Su dolor se convierte en placer con la misma rapidez con la que sus manos se clavan en mi espalda para relajarse justo después. Entonces le envuelvo con mis piernas, dejando que sienta mi calor. Su corazón se desboca y siento el sabor de las pequeñas perlas argénteas de su sangre contra mi paladar. Ese sabor herrumbroso, cálido y sensual dispara mis emociones, y entonces le grito una vez más.

Dime que soy bella

¡Y lo grita! Su voz desgarrada se alza sobre nuestras mentes y por un instante no puedo pensar, sólo sentir, sentir de nuevo esa perfección, esa máscara confortable que me envuelve en la belleza, en la gracia y la magnificencia.

Soy bella, soy perfecta... tal como soy.

Sin embargo, ahora mi cuerpo ha dejado de estar caliente. Está frío, siendo perfecto en su frescura, como un glaciar que se abre paso entre dos bellas montañas. Mi pareja lo nota, pero sigue aferrándose a mis muslos.

Mis piernas ya no son voluptuosas, ya no son sinuosas, sino que son delgadas, frágiles y ásperas, como el tacto de un lienzo victoriano que plasma la perfección de mi esencia entre sus trazos. Mi amante duda, pero continúa abrazándome.

Siente las caderas agrietadas, desniveladas en una muestra de asimetría, como el fondo de la Mona Lisa, la perfección de lo singular, de lo misterioso. Sigue palpando y nota mis costillas, nota las oquedades de la áspera piel entre mis huesos...

Muy delgada

Muy delgada, le escucho pensar, y no puedo sino anticipar con una lágrima lo que de nuevo ocurrirá.

Alza la vista y mira mi rostro. Mis ojos verdes siguen brillando bajo la luz ámbar de mi lámpara de diseño, pero las facciones que reconocía como mías ya no causan en su mente el mismo efecto. Mis colmillos, como dos grandes y preciosas perlas brillan entre mis aviesos labios, mi pequeña nariz, retorcida y hundida supone la candencia que concluye mi aria hasta mis excelsos pómulos.

Su boca se desencaja, sus pupilas se contraen, sus pulmones se hinchan...

Descubro mi máscara ante mi amante, retiro el engaño de sus ojos y dejo que me mire realmente, que admire la belleza, la perfección a la que la anterior figura cedió el paso a la nueva. Y es entonces cuando grito de nuevo alto, cuando suplico por la verdad.

¡Dime que soy bella!

Pero esta vez grita, llora y se retuerce ante una figura a la que no sabe mirar. No reconoce la belleza, no reconoce la perfección. Sólo ve un cuerpo deforme y enjuto, de piel cuarteada y marchita pegada con extrema firmeza a sus deformados huesos. Pero son mis ojos verdes, que brillan entre mis hundidas facciones, a la sombra de mi cabello lo que termina por desatar su locura, por desatar su terror.

¡Dime que soy bella!

No lo hace, sólo corre y grita. Salta con su cuerpo desnudo hasta darse de bruces contra la pared opuesta, tratando de huir de mí, como un perro apaleado que prefiere romperse el cuello contra los barrotes de su jaula antes que enfrentarse de nuevo al garrote de su amo.

Me parte el corazón...

Y le odio. En mi lecho me enamoré y ahora mi amor se convierte en rabia. No puedo evitarlo, antes de que me dé cuenta salto sobre mi amante una vez más. Con mi boca desencajada desgarró su garganta, con mis uñas, largas y afiladas hundo mis huesos en su cuerpo. Dejo que su calor se apague y se esparza por mi hogar, por mi tela de araña.

Salgo de nuevo una vez más, con mi máscara puesta, exhibiendo mi anterior perfección.

Salgo con el corazón roto, pero entonces, al doblar la esquina le veo, y siento entonces que puedo volver a enamorarme...

Que podré encontrar a alguien que aguante hasta el final, a alguien que me mire de verdad, a alguien...

Que me diga que soy bella.

Víctor Benedicto Cruz

Relato ganador del tercer premio

IX Edición del Concurso de Relato Corto de Terror, Fantasía y Ciencia-Ficción

Asociaciones UCM: ASCII, Relatividad, GREBAS, Númenor, AEIOU, La Salamanca del
Círculo Polar, CD-CROM, El Reino de Arckham